

I decided to live

Maritza García

I came to know death early in my life. When my father became ill with cancer I was by his side all the time and there at the moment of his death. I felt his pain and though I don't know how the words came out or how the pain subsided, the truth is it was a very beautiful moment. From that moment on, I felt a great desire to be with my friends and family at the moment of death and bereavement. I've never been afraid, but rather feel it is a privilege to help a person during their final journey on earth as well as those who suffer their loss.

From these experiences I have learned a lot about life and death, but until recently I thought that nothing could stop death. Also as a result of these experiences, I thought it was important to express my wishes about how my remains would be treated, reflect on how I wish to be remembered, determine the fate of my belongings and let go of old grudges. However, I never thought about my own process of death. I never stopped to think what my reaction to this event would be. The most important aspect of this story is that when death knocked on my door by surprise, I confronted it and decided to live.

On February 2010, months before turning 50 years old, I suffered a very sudden pain, and felt the despair and frustration that occurs when something terrible is happening within one's body. For the first time I felt really hopelessly sick and my head was splitting with pain; I was confused by the situation and did not know what to do. I was alone, unable to speak. I thought these were the results of having ignored medical

recommendations, failing to stay on a diet or exercise and not taking medications properly. I also thought it was very late and I was going to have a heart attack -- that I had reached the final hour. Until then I had always considered myself as being a strong and healthy person -- that it was not possible for me to be sick.

The next morning my daughter took me to the emergency room. The doctors checked me, and my blood pressure was normal and an x-ray came back with a diagnosis of sinusitis. On the way home I felt a light movement on the left side of my upper lip and in my index finger. I alerted my daughter, because I thought these were the signs of a cerebrovascular attack, not sinusitis. The next Monday I visited a head and neck doctor, who immediately recommended an MRI. I did it and in two hours I received a call, asking me to see him in his office as soon as possible. It was obvious something abnormal was happening. The images showed an enormous mass on the upper left side of my head.

The surprise news was confirmed by a doctor specializing in neurosurgery. He explained that I had a tumor the size of an orange infiltrating the right frontal lobe. The tumor had no room to continue to grow and a surgery was urgently needed to remove it. Everything happened so fast that I never had symptoms to indicate what was going on in my head.

I remember looking at the images in silence for the first time in my life I thought: this is very serious - it seems that I can die. . . Then a very large force inside me said, "but you can also live." Between these two alternatives, I instantly chose to live. I

did not get scared and I said "I need to organize and plan." My plan was, first, to make the right decision to live; second, activate the energy of the universe to support my life; and third, trust or have faith.

I summarize this experience for you with the thoughts of Dr. James Dobson, author of the book *When God Does Not Make Sense*, "the human spirit is capable of withstanding a tremendous amount of afflictions, even when faced with the prospect of death, if the circumstances make sense." But in these circumstances, death did not make sense to me. I thought, "I am so young, helpful and happy; to die does not make sense now."

The morning of my surgery in the waiting room, I began to tremble. I was not cold or scared because I had decided to live. The stream of energy going through my body was something inexplicable and I was convinced that my plan was working. All this energy was life for me, a confirmation of the ability and the power I had to resist death. Two days after surgery I was released and while recovering at home felt the energy again. I had to get up to open the door to my bedroom because I could not resist all that force in the closed room.

A year after my surgery, I am fully functional. My tumor was benign and there was no need for therapy. I continue to work and am enjoying life. Now, all that happens is more valuable than before. I enjoy every moment of life; I love my friends and family so much. God bless the wisdom in the hands of the doctors who were instrumental in my treatment! Above all, I thank God for my life and the energy that runs through my body.

Maritza García
Continuing Education, College of Health-Related Professions

Decidí vivir

Maritza García

Conocí la muerte temprano en mi vida. Cuando mi padre se enfermó de cáncer yo estuve a su lado todo el tiempo y presencié el momento en que expiró. Conduje su duelo y, aunque no sé cómo fluyeron las palabras y se calmó el dolor, lo cierto es que fue un momento particularmente bello. Desde ese momento nació en mí un gran deseo de acompañar a mis amigos y familiares durante el proceso de muerte y duelo. Nunca he tenido miedo, mas bien siento que es un privilegio ayudar a una persona durante su desfile final en la tierra y acompañar a aquellos que sufren su pérdida.

De estas experiencias he aprendido mucho sobre la vida y la muerte, pero hasta hace poco pensé que nada podía detener a la muerte. También como resultado de estas experiencias, estimé importante estipular mis deseos respecto a la disposición de mis restos, reflexionar sobre cómo quiero ser recordada, definir el destino de mis pertenencias y decidir no guardar viejos rencores; no obstante, nunca pensaba en mi propio proceso de muerte. Nunca me detuve a pensar cuál sería mi reacción ante este acontecimiento. Lo más importante de esta historia es que la muerte tocó mi puerta de sorpresa, la enfrenté y decidí vivir.

En febrero de 2010, meses antes de cumplir 50 años de edad, sufrí de forma muy repentina el dolor, la desesperación y la frustración que se produce cuando algo terrible está ocurriendo dentro del cuerpo de una. Por primera vez me sentí verdaderamente enferma sin remedio y mi cabeza quería abrirse en busca de alivio; yo, confundida ante la situación, no sabía qué hacer. Estaba

sola, no podía hablar. Pensé que estos eran los resultados de haber faltado a las recomendaciones médicas, de no hacer dieta ni ejercicios y de no tomar correctamente los medicamentos; también pensé que ya era muy tarde y me iba a dar un infarto, que me había llegado la hora final. Hasta ese momento me había caracterizado por ser una persona fuerte y saludable, para mí no era posible estar enferma.

A la mañana siguiente mi hija me llevó a la sala de emergencia. Al ser evaluada, mi presión sanguínea estaba normal y los resultados de una radiografía sugirieron un diagnóstico de sinusitis. De camino a casa sentí un leve movimiento en el lado izquierdo del labio superior y en el dedo índice de la mano izquierda. Alerté a mi hija porque entendía que estos síntomas eran compatibles con un infarto cerebrovascular, no con una sinusitis. El lunes siguiente visité a mi médico de cabecera, quien inmediatamente me recomendó una resonancia magnética. Lo hice y a las dos horas recibí una llamada suya solicitándome que la viera en su consultorio lo antes posible; era obvio que algo anormal estaba pasando. Las imágenes mostraban una masa enorme en el lado superior derecho de la cabeza.

La sorpresiva noticia fue confirmada por un médico especializado en neurocirugía. Me explicó que tenía un tumor del tamaño de una china infiltrado en el lóbulo frontal derecho. El tumor ya no tenía espacio para continuar desarrollándose y era urgente una cirugía para extraerlo. Todo ocurrió tan rápido que nunca tuve síntomas que me indicaran lo que sucedía en mi cabeza.

Recuerdo que miré las imágenes en silencio y por primera vez pensé en mi vida: esto es muy serio, parece que me puedo morir. . . Entonces una fuerza muy grande dentro de mí dijo “pero también

puedes vivir”. Entre las dos alternativas instantáneamente escogí vivir. No me asusté y me dije “necesito organizarme y planificar”. Mi plan fue: primero, tomar la decisión correcta de vivir; segundo, activar toda la energía del universo a favor de mi vida; y tercero, confiar o tener fe.

Les resumo esta experiencia con este pensamiento del Dr. James Dobson, autor del libro Cuando lo que Dios hace no tiene sentido, “el espíritu humano es capaz de resistir una enorme cantidad de aflicciones, incluso al encontrarse ante la perspectiva de la muerte, si las circunstancias tienen sentido”. Pero en estas circunstancias no tenía sentido morir. Yo pensaba, “soy tan joven, útil y feliz; no tiene sentido morir ahora”.

La mañana de mi cirugía, en la sala de espera, comencé a temblar. No tenía frío ni miedo porque yo había decidido vivir. La corriente de energía que pasaba por mi cuerpo fue algo inexplicable; estaba convencida de que mi plan estaba funcionando. Toda esta energía era vida para mí, una confirmación de la capacidad y el poder que tenía para resistir la muerte. A los dos días de la cirugía me dieron de alta y mientras convalecía en mi casa sentí nuevamente la energía, tuve que levantarme para abrir la puerta de mi dormitorio porque no podía resistir toda esa fuerza en la habitación cerrada.

A un año de mi cirugía, estoy totalmente funcional. Mi tumor fue benigno y no hubo necesidad de terapia. Continué trabajando y disfrutando la vida, ahora todo lo que ocurre tiene más valor que antes. Disfruto cada instante de la vida; amo mucho más a mis amigos y familiares. Bendigo la sabiduría y las manos de los médicos que fueron instrumentales en mi proceso. Sobre todo, le doy gracias a Dios por mi vida y por la energía que corre por mi cuerpo.

Maritza García
Educación Continua, Colegio de Profesiones Relacionadas con la Salud